

# Autor dramático y sociedad actual

POR JOSÉ LUIS ALONSO DE SANTOS\*

**E**l escritor dramático trata de dar respuesta a las necesidades que despiertan en él sus procesos imaginativos y creadores. En busca de esas posibles respuestas, bucea en sus experiencias personales, vivencias y situaciones, y las confronta con el entorno que le rodea. La pregunta básica que se plantea es: ¿Qué teatro escribir hoy? ¿Cómo hacerlo? ¿Para qué y para quién escribir?

Las respuestas a esas preguntas son, lógicamente, tantas como escritores hay, e incluso tantas como diferentes etapas vitales atraviesa, cada uno de ellos. Múltiples variables van a incidir, pues, a la hora de producirse esa reacción creativa que es escribir una obra de teatro.

Al responder como seres vulnerables que somos a nuestro tiempo, a nuestro entorno y a nosotros mismos, van a surgir conflictos y soluciones, encadenados en un proceso causal, que es puesto en marcha por la búsqueda de metas del autor. Al mismo tiempo, en las situaciones dramáticas que escribe, trata de conseguir que el espectador haga proyecciones de su propia búsqueda, y de resolución de sus conflictos.

¿Cómo incidir pues, aquí y ahora en nuestra contemporaneidad? El escritor teatral intenta, como un espía, comunicar los secretos por él descubiertos en el comportamiento humano, sorprendiéndose y sorprendiendo a los demás con lo extraño de nuestra conducta cotidiana y de nuestro ser en el mundo, tratando de transformar sus descubrimientos en un acto artístico sobre un escenario. Todo ello dentro de la completísima tarea que supone intentar unificar la dispersión de actos, gustos, criterios, placeres y conflictos del ser humano en toda su vida, en la aparición del personaje durante el breve tiempo de su vida escénica.

En el fondo, se trata pues de conseguir que el acto individual de la creación, que se emprende al principio como una aventura íntima y solitaria, tenga posteriormente una carga de necesidad y sentido en dos direcciones:

1) Necesidad en cuanto al propio desarrollo teatral: la trama, los personajes la estructura y la organización estética diferenciadora de la obra en sí.

2) Necesidad de aportar al espectador algo más allá del hecho teatral en sí mismo. Algo personal, válido y globalizador que el hecho dramático ha de provocar en él como ser humano.

De alguna manera, es como si cada espectador que va al teatro y paga su butaca para ver una obra nuestra, dedicándonos dos horas de su vida, nos hubiera hecho el encargo mucho tiempo antes, cuando iniciamos, el proceso de creación: "Escribe una obra para que yo vaya a verla dentro de un tiempo y me aporte lo que yo necesite en ese momento". Luego, transcurrido ese tiempo, irá a recibir lo que encargó —como una comida especialmente preparada para saciar un hambre interna, difícil de definir y fácil de comprender por compartida—. Por eso se sentirá defraudado si no encuentra lo que buscaba, lo que necesitaba. Cuando el teatro no responde a las necesidades reales del espectador, a ese encargo no formulado, éste siente que no está ganando su tiempo, sino perdiéndolo.

**E**s importante, por tanto, intentar conectar con el espectador, adivinando ese encargo íntimo, hablándole con lenguaje de hoy, de problemas de hoy, tratando de aportar vitalidad, energía, unidad y estilo a nuestro trabajo, para poder tener así un diálogo sincero y real con el público, dentro de esa convención creíble que es el teatro.

Como un contraste frente a los medios de comunicación masivos en los que el hombre se siente como un mero y lejano espectador, surge hoy en el teatro una nueva subjetividad, un refugiarse en lo interior al cuestionarse el ser huma-

\* Autor teatral y Director de Escena

no preguntas íntimas sobre su existencia. Esta podría ser una parte del papel del autor en nuestros días: bucear en el terreno de lo personal hasta llegar así a un nuevo realismo escénico acorde con nuestro tiempo y nuestras necesidades.

Se proponen, pues, como temas de nuestro tiempo, aquellos que afectan a la realización personal del hombre de hoy: el amor, la desesperanza, el sexo, la violencia, el derecho al "no" y a la razón individual, el descubrimiento de que las cosas no son como parecen, la conciencia de ser extranjeros en un mundo que no es "nuestro", la búsqueda de unos pilares éticos, la elaboración de una nueva esperanza, el diálogo con nosotros mismos, el derecho al viaje iniciático de cada ser, y el debate, social por un lado e íntimo por otro, entre nuestra realidad y nuestro deseo. Temas, como se ve, que van desde lo más individual y primario hasta lo más general, y que forman parte del teatro de todos los tiempos, enfocados en la actualidad con un lenguaje acorde a la sensibilidad de esta época.

La cercanía del fin de siglo y cierto desencanto ante las expectativas generadas en los cambios y en las soluciones colectivas y utópicas en el mundo, crean una cierta melancolía y un cierto pesimismo poético: hacer de la fragilidad y limitación humana belleza, se convierte así en otro de los objetivos del escritor actual.

El teatro, terreno ideal para la crisis y el cuestionamiento, ya que se alimenta de ellos, recoge toda esa problemática, esos conflictos, construyendo con ellos un material dramático básico.

**S**ube así el hombre de hoy al escenario, lugar ocupado durante mucho tiempo por las aventuras y desventuras del príncipe, del jefe, del señor, del amo. El personaje, por tanto, tiene en la actualidad algo de "común" con el espectador. El autor tratará de hacerle, a su vez, "peculiar", para que sin dejar de ser reconocible, nos sea interesante, y le hará vivir un "rol", es decir, un recorrido hacia sus metas, dándonos al final, con el desenlace, un punto de vista significativo y clarificador sobre el aquí y el ahora.

El hombre y sus conflictos por tener una vida más plena son por tanto, el primer material dramático: ése es el acto artístico y creador fundamental. Líneas, tendencias, estilos, y diferentes formas nos servirán únicamente para ayudar a lograr, mediante lenguajes teatrales acordes con el sentido de la obra, que la historia de ese ser humano sobre el escenario y sobre el mundo siga adelante.

El material con el que cuenta el autor dramático para crear el mundo particular de los personajes de sus obras son las palabras. Palabras que en el teatro, más que en cualquier otro campo de la literatura, han de tener un significado concreto, específico y vivencial.

El diálogo teatral debe tener una capacidad de comunicación sonora, cercana, real y auténtica con el espec-

tador. Ha de ser verosímil y emocional. Y, en resumen, ha de tener como condición principal la de ser material dramático interpretable por un actor convertido en personaje.

La vieja fórmula "dime cómo hablas y te diré quién eres", es uno de los elementos constitutivos de la creación del personaje. A ella podríamos añadir las de "dime cómo hablas y te diré hacia dónde vas, y de dónde vienes". Es decir, las palabras definen a los personajes en cada momento del desarrollo de la acción dramática: sus conflictos, sus metas, sus emociones, sus relaciones con el entorno, su posición social, sus logros y fracasos, y su manifestación externa como seres humanos.

**M**i principal problema cuando escribo consiste en encontrar en cada momento del desarrollo de la trama escénica las palabras adecuadas que definan, con la mayor complejidad y riqueza, al personaje dentro de una situación imaginaria. Las palabras que se pueden utilizar indistintamente para diferentes personajes de una obra no son significativas. Como tampoco lo son las que pueden ser utilizadas por un personaje en diferentes momentos de su evolución dramática. Sí que lo serán aquellas otras que marquen sus contrastes con los demás personajes, a la vez que la singularidad y peculiaridad de cada momento que vive ese ser.

Dibujamos a los personajes por medio de las palabras que dicen. Pretendemos así crear un mundo real en la escena, dando a este término: "real" una dimensión artística. Los trazos, por tanto, tienen que ser definidores de esa nueva realidad surgida con nuestra creación. Para ello modificaremos algunos elementos de la vida, en que las palabras se usan en una dimensión temporal, espacial y causal diferente.

Los factores dispersos y caóticos de la vida han de ser codificados en nuestra creación teatral logrando un acuerdo previo con el espectador —o lector— de un nuevo valor de esas tres dimensiones citadas de tiempo, espacio y causalidad.

Un espacio convencional, una causalidad encaenada en la acción dramática y un tiempo de vida del personaje teatral que tiene como característica esencial la brevedad, pues toda su peripecia vital va a ser interpretada por un actor en el marco temporal de unas dos horas, que además tiene que compartir con otros personajes: síntesis de vida por tanto. Años resumidos en minutos. Emociones concentradas. Conflictos llenos de urgencia por su necesidad de resolución inmediata. Personajes descendiendo por un tobogán hacia sus destinos.

Las palabras, en el diálogo teatral han de huir por tanto de la generalidad y meterse en el territorio de la individualidad. Las palabras: con todo lo que esconden, lo que mienten, lo que no dicen, lo que se equivocan, lo que se contaminan de ideología no deseada, de sueños, de deseos, de emociones y de la parte desconocida de nosotros mismos.